

Discurso de D. Francisco Díaz Pineda, Presidente de WWF/ADENA con motivo de la concesión del premio FONDENA a ADENA (25/IX/2001)

Majestad, Alteza Real, Excmos. Señores, compañeros de la Universidad y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, queridos amigos.

Agradezco al profesor Julio Rodríguez Villanueva su presentación. Fue un gran honor y una enorme alegría recibir la noticia de la concesión del premio FONDENA a WWF España/ADENA, la organización que en este momento represento. Gracias en nombre de todos los que formamos esta organización. Gracias también, Alteza, Presidente de FONDENA, en nombre de quienes no hablan —o no lo hacen como seres racionales— y que, vanidosamente, considero que son también socios de ADENA: se trata de las águilas, los cernícalos, las cercetas, alcornos, linceos, piornos, almoradúes, mariposas, saltamontes, mosquitos, pipirigallos, escanta, cebada, cebadilla, hongos, protistas, bacterias, plantas y animales en general, incluso los virus de la gripe, que sin duda estarán presentes, hoy aquí mismo.

Todos ellos son manifestaciones de la vida, aunque los naturalistas los llamen, a veces un tanto despectivamente, parásitos y patógenos, o también: especie competitiva, especie ingeniera, especie clave y otras jergas al uso que en realidad sólo tratan de explicar cada vez mejor el significado de ese milagro que es la vida. Ese milagro del que los seres humanos también formamos parte. A mí todos los seres vivos me evocan la belleza de la naturaleza y su frecuente indefensión me da pena y me invita a actuar en pos de su conservación. A Machado las moscas le evocaban todas las cosas.

También es un honor impartir este corto discurso de agradecimiento —aunque una vez más, Majestad, tengáis que soportar mi rollo académico.

Confieso que me gustó menos tener que escribir el discurso con tan poco tiempo, debido a los imperativos de las fechas y de la publicación del acto. Pero de todas formas cuando, resignada y orgullosamente, empecé a escribirlo hace unos días me encontré sentado al pie de la Sierra de Guadarrama. Tenía ante mí, Montón de Trigo, Majalasca, Siete Picos, La Maliciosa, El Telégrafo y la Peña del Águila. Era una mañana otoñal preciosa. No sólo porque luciera el sol y yo disfrutara de aquellas vistas, sino porque hay días que, como dice Juan Manuel Serrat —un estudiante de Biología que también compone canciones y las canta—, de vez en cuando la vida nos hace estos regalos, afina con el pincel y está tan bonita que da gusto verla. Esa mañana yo reparé en que la envoltura de mi regalo era la naturaleza de Madrid.

«Hay que amar a la naturaleza para entenderla», decía mi Maestro, el profesor Fernando González Bernáldez. Yo creo que esas veces en que uno se siente tan a gusto mirando el monte, oyéndolo y oliéndolo, han tenido que ser frecuentes en las vidas de las personas que se deciden un buen día a impulsar, sistemáticamente, con conciencia y convicción, la conservación y la defensa de la naturaleza.

A esas personas se debe que exista WWF/ADENA.

Hace ahora cuarenta años que nació la organización internacional WWF. La Junta Rectora de esta organización quería que la celebración del aniversario tuviera lugar en España. Así que, hace unas semanas, un buen número de impulsores y patrocinadores de la creación de WWF, bastantes de ellos ya respetables ancianos, estuvieron visitando Madrid, Montejo de la Vega —recuerde Su Majestad aquella visita con Félix Rodríguez de la Fuente— y el Parque Nacional de Doñana.

Merecía la pena estar atentos a la expresión de aquellas personas. Tenían en su mirada toda la juventud del mundo cuando observaban las aves de Montejo y los animales de Doñana. Eran jóvenes octogenarios cuando las camionetas en que viajábamos les hacían saltar en los asientos al atravesar las dunas de Doñana. Contemplar su rostros constituía ya una lección de admiración y de cariño por la naturaleza.

Juan Carlos del Olmo, Secretario de ADENA: ¿por qué los organizadores no invitasteis a esta visita a todos los niños de nuestras escuelas para que vieran esto? ¿cómo pude yo no llevar esta vez conmigo a mi hijo Gonzalo, sólo para que viera cómo esta gente miraba a las aves —como aquella vez que estuvimos viendo volcanes en Lanzarote, con Mary Cruz y Blas—?

Allí hablaban inglés tanto españoles como visitantes extranjeros. Yo intervenía poco, no tanto por no manifestar el acento andaluz que se me nota cuando hablo, o trato de hablar esa lengua, como por no dejar de aprender ni un momento de las enseñanzas de aquellos ancianos enamorados de los paisajes silvestres que fuimos a ver.

¿Por qué en nuestra Universidad tienen que jubilarse los jóvenes profesores de setenta años?

El premio que el Jurado ha otorgado a ADENA, sabéis bien, Alteza, que ha sido otorgado al amor por la naturaleza. El grupo de personas que impulsó esta organización hace ya tantos años, ayudándola desde sus comienzos y la gente que venía trabajando en ADENA en el histórico piso de la calle Santa Engracia, y ahora continúa en nuestra nueva casa de Gran Vía de San Francisco, siguen perdidamente enamorados de la naturaleza y de sus especies salvajes.

Todos nosotros constituimos hoy un grupo que sigue siendo fiel a esta idea, empeñados en conservar paisajes como el que tengo delante al redactar estas líneas y en defender la supervivencia de todos los seres que he mencionado antes —aunque, para simplificar un poco, llamemos pesadamente la atención sobre el lince o el águila imperial, que son además tan bonitos y raros que es imposible que a nadie les pase desapercibidos cuando hablamos de las amenazas que sufren—.

De acuerdo con los programas y objetivos de la organización internacional de la que formamos parte, en ADENA se trabaja con la filosofía del «desarrollo sostenible» —una idea en cuyo contenido discrepan las muy numerosas acepciones que tiene el término, pero que, hablando como estamos de amor a la naturaleza, todas las acepciones coinciden en que se pretende reconocer los derechos de los que todavía no han nacido: ellos han de disfrutar; como hoy lo hacemos nosotros, de los mismo recursos naturales con que contamos ahora—. Con esta filosofía de fondo, en ADENA se llevan a cabo cotidianamente programas ambiciosos de conservación que cuentan con numerosos proyectos, se impulsa la cultura de la sensatez en las cuestiones ambientales y, modestamente, resulta que en ADENA se tiene probada capacidad de influencia política y de mediación eficaz entre instituciones, organismos y empresas.

WWF/ADENA ha colaborado históricamente con otras organizaciones e instituciones, entre ellas la propia FONDENA, con quien se comparten objetivos comunes de interés conservacionista desde su fundación. En ADENA estaremos siempre interesados por ciertos lugares del territorio español y por especies conspicuas como el lince o el oso, dado el carácter emblemático de estos lugares y especies, su facilidad de comunicación popular e interés educativo. Pero, obviamente, el valor natural de esos lugares es consecuencia, y las especies son testigo, de que la base de la conservación está en el mantenimiento de los procesos naturales: esos fenómenos que estudian los ecólogos. El ciclo del agua, la formación del humus de los frágiles suelos mediterráneos, atlánticos y macaronésicos volcánicos, el papel ecológico de los bosques y de los herbívoros salvajes y domésticos, las tramas ecológicas que todo el

mundo conoce ya como «ecosistemas», deben ser el auténtico objetivo de la conservación.

En España hay además una cultura rural milenaria y la organización del paisaje —cuando mantiene, o moderadamente imita, la explotación tradicional de los recursos— tiene un enorme valor añadido como resultado de esa cultura. Conservar el paisaje cultural es un serio reto que ADENA afrontará con mayor decisión en el futuro inmediato.

Los méritos de ADENA se deben a la gente que trabaja en la organización cada día y a los equipos que desarrollan tantos y tantos proyectos de conservación. Esos méritos se cimientan en gran medida en el respaldo de las Juntas Rectoras que se han sucedido en su historia. En el currículum de ADENA hay logros debidos nada menos que a personas de la talla de Félix Rodríguez de la Fuente —su labor era una garantía de conciencia popular por lo salvaje—, José Antonio Valverde, Francisco Bernis, Julio Rodríguez Villanueva, César Gómez Campo o, recientemente, a gente más joven, como Jesús Garzón, Joaquín Araújo o Miguel Delibes, entre otros científicos y humanistas que garantizan el compromiso que supone la Biología de la conservación. S.M. el Rey D. Juan Carlos y S.A.R. el Infante D. Carlos de Borbón, dan fe de la importancia que tiene contar con el respaldo de tan altas personalidades, las instituciones que representan y su convencimiento personal por la conservación.

En cuanto a la Junta actual, el hecho de que su presidente sea un científico parece que encaja bien en las orientaciones del moderno WWF internacional y la importancia que da al fundamento de los objetivos de esta organización. No sé si podemos pedírselo todo a la Ciencia y mucho menos a mi persona. Las raíces que yo pueda tener como posible aportación de la ciencia ecológica a la conservación de la naturaleza creo que habría que buscarlas precisamente en quien fuera Secretario General de la Institución en que nos encontramos hoy —el Consejo Superior de Investigaciones Científicas—: el profesor José María Albareda como Maestro de Maestros. En la ciencia de laboratorio tuve la suerte de trabajar con el profesor Manuel Losada y en la ciencia de campo y laboratorio con el profesor Fernando González Bernáldez. Él y Losada fueron discípulos de Albareda y en aquellos primeros laboratorios de Edafología, hoy de Recursos Naturales, se generaron importantes bases del conocimiento científico que debe aportarse a la conservación de la naturaleza. Es decir; a la gestión sensata de los recursos naturales.

También debemos decir que Albareda estuvo tras el Instituto de Aclimatación de Almería, donde arraigaría la faceta quizá más científica de cuantas las relacionadas con la conservación de la naturaleza tiene José Antonio Valverde y que, miren ustedes por donde, un año que impartió Zoología de Vertebrados en la Universidad de Sevilla tuvo que sufrirme a mí entre sus alumnos —y también a Fernando Hiraldo, Paco Castillo y algunos otros que han contribui-

do a la conservación, han indagado en sus bases científicas o han enseñado a otros más jóvenes a hacer estas cosas—.

Es sólo relativamente conocido que el Consejo Superior de Investigaciones Científicas contribuyó en 1963, junto con WWF, prácticamente en igualdad de aportaciones, a la compra de los célebres terrenos de Doñana.

Todo esto, señoras y señores, lo relato para hacer hincapié en que tras la conservación de la naturaleza debe haber ciencia, escuelas de pensamiento e historia, sin las cuales la buena voluntad no basta. La Reserva Biológica de Doñana existe porque en 1961 se creó WWF y también WWF existe porque ese año, en realidad, se respondía con esta creación a la necesidad de reunir fondos para comprar aquellas tierra de Doñana. Así que tal como existen matrimonios de intereses a veces parece que también existen nacimientos de intereses. Quizá por la profesión que ejerzo creo imprescindible consolidar las bases científicas de la conservación. Estas bases no se refieren sólo a las ciencias naturales, a la física o a la química, también a las sociales y las económicas.

Toda esta trama de conocimiento humano está comprometida en una gestión sensata de los recursos naturales. Además, la conservación de la naturaleza, dice el profesor Ramón Margalef, es un problema humano y las enseñanzas de las humanidades son necesarias para entender nuestro papel como seres racionales dentro del mundo vivo.

El currículum de ADENA se plasma en importantes hechos cuyo relato no voy a hacer ahora. Ahí están los programas de conservación de bosques, de certificación de maderas —que nuestra Administración no acaba de entender—, las campañas en pro de los humedales y de cientos de sitios, la contribución a la creación de Espacios Protegidos y tantas actividades. Existe mucha documentación escrita que atestigua una larga labor y, como no, también puede consultarse la página «web» correspondiente (www.wwf.es).

El personal y la Junta Rectora actuales de ADENA tienen tanta ilusión como los que los han precedido. Si me lo permite diré que esta Junta tiene todavía más ilusión que las anteriores que Su Alteza ha presidido. Ante esta Junta y ante el personal y los socios de ADENA hay una preciosa labor que seguir desarrollando por nuestra parte, que sin duda, será continuada por nuestros hijos. Muchas gracias.